

El concepto del despojo en tres novelas andinas

Gerdes, Dick

Dick Gerdes: Norteamericano. Doctor en Literatura Hispanoamericana. Profesor en la Universidad de Nuevo México, donde es director del Departamento de Idiomas Modernos y Clásicos. Ha publicado un libro sobre Vargas Llosa (1985) y numerosos artículos de su especialidad en revistas internacionales.

A través de tres novelas andinas, Huasipungo (1934), Yawar fiesta (1940) y Dos muertes en una vida (1971), el autor analiza el despojo a que han sido sometidos los indígenas de las altiplanicies de Ecuador, Perú y Bolivia. Despojo que comenzó por la tierra, y que culminará, hasta nuestros días, con el arrebato de bienes culturales, costumbres y tradiciones. Sin entrar en un análisis a fondo de esta "modernización" el articulista registra descripciones reveladoras sobre la vida de las etnias andinas, contrastándola con las posiciones de hacendados e intermediarios mestizos, que usufructúan de su posición. Rescata así tanto los valores de una imagen literaria consagrada, como los contrastes de una realidad que se prolonga ya hace casi cinco siglos.

A modo de parafrasear las opiniones vertidas en muchos trabajos sociológicos de los últimos 15 años, en muchas partes de la zona andina todavía se vive la época de la Conquista, en que las masas indígenas eran para los españoles y sus descendientes poco más que mano de obra barata. Hoy, sociólogos y antropólogos nos indican que los indígenas vivían entonces como muchos en la actualidad: endeudados como peones en las haciendas o en las minas, desterrados en pequeñas y remotas villas de las altiplanicies en Perú, en Ecuador, en Bolivia, en las tierras menos productivas y más alejadas del movimiento de ciudades y pueblos.

En realidad, la historia del hombre andino gira en torno a un concepto principal: el despojo. En forma sencilla, despojar significa privar a uno de lo que tiene; en otras palabras, desposeer, robar, quitar. El propósito de este trabajo es ampliar este concepto mediante el estudio de tres novelas andinas: Huasipungo (1934), de Jorge Icaza; Yawar fiesta (1940), de José María Arguedas; y Dos muertes en una vida

(1971), de Alfonso Barrera Valverde. Estas novelas servirán para establecer el sentido de un despojo progresivo y acumulativo - de la tierra, de la cultura, de la existencia, respectivamente - que permitirá, a la vez, una nueva valorización de la importancia de la novela anteriormente llamada indígena, y que prefiero llamar andina. En cuanto a personajes, abarca no sólo al indígena, sino también al campesino y al provinciano.

Como fondo histórico, habría que señalar que el paso político de Colonia a Estado independiente no produjo grandes cambios en el mundo andino. De cierto modo, el sistema de las haciendas antiguas de la sierra andina es comparable al que existía en el solar feudal, con la excepción de que hoy el campesino tiene libertad para dejar la tierra. Como el patrón es el único usufructuario de los beneficios, el es quien se halla vinculado a los poderes políticos y económicos, mientras que el campesino - sin vinculación alguna - está sujeto a la explotación. Y esta situación no sólo prevalecía en la mayor parte de las haciendas serranas, sino que tendía a extender su régimen hasta las comunidades indígenas. Estas, aunque legalmente libres, se encontraban bajo la presión de las autoridades mestizas. Se presenta, por lo tanto, un cuadro de extrema desigualdad de poderes y de recursos.

Más recientemente, y a pesar de revoluciones, movimientos guerrilleros, reformas agrarias, la introducción de nuevos productos, migraciones y la formación de sindicatos y cooperativas; no obstante las luchas para obtener los derechos a cultivar la tierra del ex-patrón, el campesino no ha conseguido ni siquiera lo que le corresponde legítimamente. Los antiguos patrones y sus parientes han descubierto que, en muchos casos, su absoluta autoridad puede haber desaparecido, Pero que su influencia todavía es considerable. Numerosos estudios sociológicos aparecidos en la revista Estudios andinos a lo largo de la década de los años 70 sostienen que en Ecuador, por ejemplo, los cambios iniciados por la Junta Militar de 1964 fueron de poco alcance, y la estructura agraria de latifundistas y campesinos despojados no cambió perceptiblemente.

Por lo general, los sociólogos modernos han subrayado la enorme polarización que existe entre los grupos indígena y mestizo en la zona andina, efecto que ha producido una represión masiva del uno subordinado por el otro dominante; de modo que la subordinación ha creado una situación de extrema explotación y discriminación, motivada también por otras razones, que incluyen las derivadas del sistema

social, el grado de dependencia económica, el autoconcepto y el grado de aislamiento¹.

Sin embargo, estudios a lo largo de los últimos quince años sobre el tema del despojo, siguen buscando la idealizada integración del indígena/campesino al concepto de "nación". El estudio de lo andino sigue volviendo al tema del despojo más tangible, al de la tierra, que todavía está presente en la vida del hombre andino, cuando se ve con creciente urgencia la necesidad de acercarse a la realidad andina de manera que resulte una visión actualizada de ese mundo complejo. Por ello, nos valdremos de la narrativa que busca, según Raimundo Lazo: La diferenciación entre un pasado, inmediato y cerrado, en el que predomina lo conflictivo de la narración de lo andino, literatura de denuncia y protesta el futuro previsible, en el que, sin poder prescindirse de lo conflictivo, adquirirá necesario predominio la ardua tarea de hacer de lo literario un instrumento de unificación totalizadora, de firme, sentida y eficaz solidaridad humana de las clases y grupos secularmente amontonados en cada uno de los pueblos en que se nota la primaria influencia configuradora de los Andes, en cruenta lucha contra la invasión de fuerzas exógenas².

Bien, y si esto es así, la hipótesis que quisiéramos desarrollar surge de esa perspectiva literaria: que el despojo, realidad persistente, no sólo ha sido una explotación

¹En una Entrevista con el ensayista ecuatoriano Jaime Galarza Zavala, Carlos Calderón Chico le preguntó si la situación agraria en Ecuador había cambiado mucho desde la publicación de su Libro El yugo feudal, en 1962. Respondió: - Es cierto que la realidad agraria del país ha sufrido cambios sustanciales. Y esto debido primordialmente a que desde 1964 cuando se expide la primera Ley de Reforma Agraria, los cambios van aparejados de una intensa penetración del capitalismo en la agricultura lo cual modifica cierta forma las relaciones de producción inoperantes en el agro ecuatoriano. Pondré unos ejemplos: hoy, el huasipungo es un recuerdo en la historia ecuatoriana, un mal recuerdo. Hoy, se habla episódicamente del caso huasipungueros que todavía son tales problema de los sembradores de arroz en la Costa, también ha disminuido, si no se ha extinguido del todo, en la actualidad los sembradores de arroz no dependen del latifundista, como era el caso cuando publiqué mi libro. Quiero decir con esto que los cambios agrarios en Ecuador han debilitado la presión de los latifundios tradicionales, los han dividido o debilitado en muchos casos incluso quizás extinguido por la presión de los precaristas llamados así por las brutales formas de explotación feudales o semi-feudales, como el huasipungo, el arrimazgo, las yamapas, que se habían descrito detalladamente en el libro.

No quiero decir con esto que el panorama sea de una transformación agraria con justicia social, que haya vivido el país; no, lo que se ha operado es una modernización de las estructuras, proscribiendo el viejo latifundio basado en la explotación de siervos de la gleba, el huasipunguero, y dando paso a formas más modernas de explotación capitalista en contra del hombre del agro. Como lo había previsto en El yugo feudal, el esclavo sin tierra se convirtió en esclavo con tierra, parcialmente. La suerte de él, no ha cambiado en absoluto, porque los propietarios de mínimas parcelas, siempre de suelos de poco valor, desgastadas, sin riego, ni máquinas, al verse libre de las cadenas tradicionales, lo que mejor pudieron hacer es dejar las tierras, donde no tenían ningún respaldo de créditos, ayuda técnica ni de ninguna clase, para integrarse en masas marginales de nuestras urbes, que son precisamente las que constituyen los barrios-miseria de Quito y Guayaquil, para poner ejemplos. (Palabras y realidades, pp 32-33).

²Lazo, Raimundo: La novela andina, Editorial Porrúa, México, 1971.

económica, sino que ha tenido también otras consecuencias humanas, que la novela andina documenta con alarmante claridad. Son consecuencias que se asemejan a un fenómeno moderno y presente en muchas sociedades diferentes, y en varias partes del mundo, como Africa, Asia y la América Latina. Y, lo que es más, son novelas - Huasipungo, Yawar fiesta, Dos muertes en una vida las que destacan estas consecuencias.

Huasipungo

Huasipungo, con rasgos de novela de tesis, documenta el tema de la explotación del indio ecuatoriano por el patrón, la Iglesia, la autoridad política y el extranjero. El ambiente de la novela, que corrobora los sentimientos del indio, se distorsiona para provocar la repulsión en el lector. Escrita como novela de protesta social, Huasipungo presenta injusticias deshumanizadoras, la miseria y el atraso en que vive el indio, y la indiferencia de la oligarquía. Tema y técnica se combinan para producir la indignación. A pesar de que el proceso novelístico deshumaniza al personaje andino, los sentimientos de uno de los personajes subrayan la explotación del hombre y su tierra - el primer tipo de despojo en nuestra progresión -, que es evidente en la realidad moderna. Vemos el inicio de este despojo cuando llevan a la esposa y al hijo de Andrés a la casa del patrón para trabajar allí. Vuelve Andrés a su choza y experimenta una gama de reacciones: rebeldía, temor y amarga conformidad de esclavo:

¿Quién podía arrancarles de allí? En la casa de la hacienda (...) ¿Cómo ir? ¿Cómo golpear? Con un carajo remordido cayó Andrés sobre el jergón. De pronto - loco atrevimiento de su fantasía y de su impotencia -, se vio que golpeaba con los puños en alto las paredes invulnerables de la casa de la hacienda. ¿Quién? Y el indio insistía en sus preguntas a pesar de su profundo convencimiento de que (...). El patrón, el mayordomo, el capataz, el teniente político, el señor cura, la niña Blanquita. Sí. Cualquiera que sea pariente o amigo del amo, cualquiera que tenga la cara lavada y sepa leer en los papeles. Y así se deslizaron las horas sobre una modorra angustiosa. Una modorra que brindó al indio esa conformidad amarga y reprimida de los débiles. ¿Quién era él para gritar, para preguntar? ¿Quién era él para inquirir por su familia? ¿Quién era él para disponer de sus sentimientos? Un indio. ¡Oh! El temor al castigo - desde todos los rincones del alma, desde todos los poros del cuerpo - creció entonces en su expiación de secreta rebeldía de esclavo³.

³ Icaza, Jorge: *Huasipungo*, Losada, Buenos Aires, 1970.

Sobre este fondo, las últimas páginas de *Huasipungo* se ocupan del despojo de la tierra; el inversionista extranjero anuncia sus intenciones al dueño de la hacienda: - Pero... mire... En esa loma nosotros pondremos el aserradero grande. La queremos limpia... Sólo eso falta... - anunció Mr. Chapy, señalando la ladera donde se amontonaban los huasipungos improvisados de los indios desplazados en la orilla del río (p. 160).

El final ya lo sabemos. En defensa de su huasipungo, como protesta a las armas de fuego de los soldados y en trance de asfixiarse dentro de una choza que ardía, Andrés retira las trancas, agarra a su hijo bajo el brazo y se lanza al encuentro de las balas. Hubo poco griterío porque "de pronto, como un rayo, todo enmudeció para él, para ellos. Pronto, también, la choza terminó de arder. El sol se hundió definitivamente. Sobre el silencio, sobre la protesta amordazada, la bandera patria del glorioso batallón flameó con ondulaciones de carcajada sarcástica" (p. 175). No obstante el aplastante despojo, la novela termina afirmando la esperanza de que sobre los cadáveres surgirán nuevas generaciones que exigirán lo suyo.

Como hemos visto, los investigadores y estudiosos contemporáneos parecen buscar una integración "nacional" (económica, política, social y cultural) del hombre andino, mediante una ilusoria eliminación de este tipo de despojo, el de la tierra. Lo que nos interesa señalar aquí es el hecho de que, durante ciertas épocas recientes del desarrollo novelístico andino, los escritores han descubierto otras formas de despojo más sutiles, que complican la situación y la vida del hombre de la zona andina. Este hecho sugiere que el despojo de la tierra es parte de un fenómeno mucho más amplio y, por supuesto, más complicado. Al dejar la etapa explícita del despojo, es decir, el despojo de la tierra, pasamos a la segunda, la que se hace evidente de una manera implícita: el despojo de la cultura. En prueba de este segundo y más profundo nivel de despojo, nos valemos de *Yawar fiesta*.

Yawar fiesta

Es la historia de los llamados "pueblos grandes", o sea, capitales de provincia de la sierra, donde se encuentran varios tipos de personajes: el indio; el terrateniente tradicional; el teniente nuevo; el mestizo del pueblo; el estudiante provinciano; y el provinciano que ha vivido en la capital del país. Esta novela, reflejo de la oposición entre las palabras del título (*yawar* = sangre) presenta los conflictos entre diferentes niveles sociales. No relata el conflicto entre individuos, sino entre grupos sociales. Arguedas ha dicho que "las clases sociales tienen también un fundamento cultural especialmente grave en el Perú andino; cuando ellas luchan, y lo hacen bárba-

ramente, la lucha no es sólo impulsada por el interés económico; otras fuerzas espirituales profundas y violentas enardecen a los bandos; los agitan con implacable fuerza, con incesante e ineludible exigencia" ⁴.

Yawar fiesta capta el choque cultural entre opresores y oprimidos cuando aquéllos tratan de prohibir la tradicional corrida de toros de los indígenas el día de independencia del Perú. Corre la noticia de que se traerá de la puna uno de los toros más bravos de la región, el Misitu:

-No debieran permitir - decían algunas señoras -. ¡Es una barbaridad! ¡Pobres indios! Ellos son los paganos. ¡Lo que es yo! No voy. No estoy para salvajismos.

- ¿Tú irás? - se preguntaban desde ese mismo día las niñas.

- No sé hija; será de ver. Pero tengo miedo.

- ¡Qué Misitu, ni qué Misitu! - decían algunos viejos. Yo he visto toros verdaderos; toros machos, con las piernas destrozadas por los dinamitazos, perseguir a los indios, bramando todavía. ¡Misitu! ¡Qué tanto será! Lo que hemos visto los antiguos ya no habrá⁵.

Como es costumbre, había llegado recientemente el nuevo subprefecto de la costa, que nunca había visto la corrida en Puquío. Los nativos del lugar le explican la fiesta de esta manera:

- Usted va a gozar, señor subprefecto. Es algo fenomenal.

- Usted conoce la plaza del barrio de Pichk'achuri, es más grande que la Plaza de Armas de Lima. La indiada de cada barrio cierra una esquina con barreras de eucaliptos. Nosotros vemos la corrida de los balcones de don Crisóstomo Bendezú y de un palco que los indios hacen sobre el muro, junto a la casa de don Crisóstomo. La indiada, se acomoda en los techos, en las barreras y sobre las paredes. ¡Ya verá usted! Diez, doce toros se lidian. La plaza es grande. No hacen barreras especiales para los capeadores; abren un choclón no más en el centro de la plaza. Los indios son más bravos que los toros, y entran, desafiando. Capean con sus ponchos; y cuando se asustan, corren, y se tiran al choclón, en pelotera. El toro se queda a la

⁴Arguedas, José María: "La novela y el problema de la expresión literaria en el Perú". Artículo preliminar a Yawar fiesta, Editorial Universitaria Santiago de Chile, 1968.

⁵Arguedas, José María: Yawar fiesta, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1968.

orilla del hueco, resoplando con furia. Pero no todos los indios corren bien, y el toro alcanza a algunos, de la entrepierna los suspende, los retacea como a trapos...

-Eso no es nada - decía otro; todos querían hacerse oír con el subprefecto -. ¡Eso no es nada! Hay cuatro enjalmas para los toros más bravos; las enjalmas las regalan las señoritas principales de nuestro pueblo; son enjalmas de seda, con monedas de plata y a veces de oro, en las puntas y en el bordado. Las enjalmas son paseadas a caballo por nosotros, entre cohetazos y música de la banda de los wakawak'ras que tocan los indios. ¡Viera usted! Al toro bravo se le cose la enjalma en el lomo, comenzando del morrillo. Por la enjalma los indios se alocan, entran por tropas para arrancar la enjalma. ¡Y eso es de ver señor subprefecto! Porque los indios son también como fieras...

-Pero yo no creí que fuera tan salvaje. Ya lo veremos. Sólo que quizá no es muy cristiano eso...

-Se llevará usted un recuerdo imprecadero de nuestro pueblo. Esta corrida va a ser grande.

-Ojalá, amigos. Aunque no me gustan mucho las salvajadas.

-¡Qué hubiera dicho entonces con las corridas de hace veinte años! Cuando se amarraba un cóndor al lomo del toro más bravo, para que rabie más. El toro picoteado por el cóndor, volteaba indios como si nada. Y después entraban los vecinos a caballo; a rejonazo limpio mataban al toro. Al final de la fiesta se cosían cintas en las alas del cóndor y se le soltaba entre gritos y cantos. El cóndor se elevaba con sus cintas; parecía cometa negra. Meses de meses después, en las alturas, el cóndor ése volaba todavía de nevado a nevado, jalando sus cintas (pp. 41-43).

El resto de la novela trata del lío que se arma entre varios grupos del pueblo cuando la Dirección de Gobierno declara prohibidas las corridas sin diestro. Como la costumbre indígena de torear ocasionaba muchos heridos y muertes, el subprefecto se ve obligado a hacer cumplir las órdenes llegadas desde Lima. Estas exigen que el comité organizador contrate a un torero conocido para la corrida de Fiestas Patrias y que se suspendan algunas actividades. La gente se queja de que no haya corrida en la Plaza Grande, de que no haya choclón para que se oculten los indios, de que no haya paseo de enjalmas entre cohetes y música, de que no haya dinamitos para los toros más bravos, de que no haya tanto indio entrando a la plaza con sus ponchos de capa, a pararse firmes frente a los toros bravos. El tema de Yawar

fiesta - el despojo de la cultura -, se hace evidente cuando el subprefecto, que representa las llamadas fuerzas exógenas, declara enfáticamente: "- Los ayllus van a traer los toros, como siempre, don Julián. Pero la corrida va a ser a la moderna" (p. 53).

Crece la tensión hasta el 28 de julio, día en que tienen lugar los acontecimientos del último capítulo de la novela. Se oyen los cohetes en el aire y el sonido triste de las cornetas antiguas, junto con el repiqueteo de las campanas de la iglesia; cada cual, tanto la corneta como las campanas, llamando a la gente. Cuando el torero limeño no puede contra el toro bravo en la corrida, el alcalde deja a los capeadores indígenas entrar a la plaza. Los soldados no pueden contener a la masa de hombres alocados por el deseo de torear y así empieza el verdadero "yawar punchay", día de sangre. La novela termina abruptamente, cuando el alcalde dice al subprefecto: "- ¿Ve usted, señor subprefecto? Estas son nuestras corridas. El yawar punchay verdadero" (p. 136).

Puede parecer más fácil este tipo de despojo - el de las costumbres de un grupo social - por ser más sutil que el despojo de la tierra. En realidad, es más difícil, pues las costumbres, arraigadas en lo más profundo de la vida comunitaria, pasan de generación a generación, resistiendo el cambio. El despojo de las costumbres parece sugerir que cuanto más raíces se le quitan a una persona, más difícil será volver a anteriores condiciones humanas, aspecto que en otro nivel muchos investigadores sociales de la zona andina tratan de fijar en los cambios positivos de los sindicatos o cooperativas, por ejemplo, para que el hombre de la sierra avance hacia la integración total o nacional. Sin embargo, José María Arguedas se pregunta "hasta cuando durará la dualidad trágica de lo indio y lo occidental en estos países. ¿Qué profundidad tiene ahora la corriente que los separa? Una angustia creciente oprime a quien desde lo interno del drama contempla el porvenir. Este pueblo empecinado - el indio o, según Jorge Icaza, 'el cholo campesino americano' - que transforma todo lo ajeno antes de incorporarlo a su mundo, que no se deja ni destruir, ha demostrado que no cederá sino ante una solución total"⁶.

De acuerdo con lo que dice Arguedas, diríamos entonces que a pesar del dolor, del sufrimiento y del odio que el indígena siente hacia los que le despojan, no sólo de su tierra sino también de su cultura, el hombre de la zona andina no cede. Más, paradójicamente, cuanto más se resiste, provoca el despojo de elementos aún más profundos.

⁶"La novela y el problema de la expresión literaria en el Perú", op. cit.

Dos muertes en una vida

Hemos establecido una gradación progresiva y lineal que va desde el despojo de la tierra al despojo de la cultura, desde el despojo explícito al implícito, desde el objetivo al subjetivo. La progresión se completa con una tercera forma de despojo: el de la existencia misma, el del mundo ontológico del hombre. La novela, *Dos muertes en una vida*, de Alfonso Barrera Valverde⁷, destaca como tema este tercer despojo. Debido al tema, la novela presenta sólo los rasgos esenciales de una trama compleja: un profesor universitario anónimo (en el relato) y amigo del protagonista, Juan Hiedra, se pone a narrar la historia de éste. Juan es de la provincia y va a Quito para estudiar en la universidad. Muere luego a raíz de su participación en una manifestación política⁸.

A pesar de la sencillez de la acción, el tema de la novela es sumamente profundo: la soledad existencial. "En verdad, la semana de él y de sus cosas estaba en total compuesta por dos días: el lunes, muy breve, y el otro, largo, que iba de martes a domingo. Se podría argumentar que eran tres, con el domingo. Tal vez no. En los alrededores de Ambato los días se dividen por soledades" (p. 12). Hay una inversión de los conceptos del espacio y del tiempo, proceso que permite que el tema de la soledad cobre mayor fuerza, haciendo hincapié a su vez en consideraciones metafísicas:

"Sus lunes eran un camino polvoriento custodiado por eucaliptos, pencos y chaguarqueros. Ese camino comenzaba en la juventud de su padre e iba a terminar en la plaza de feria de la pequeña capital de provincia. De los dos puntos, el primero significaba algo más definitivo y concreto que el otro. Mientras la plaza del mercado le producía alguna sensación difusa, con frutos, gentes en tumulto, sabor y clima poco definibles, la juventud de su padre estaba detrás de él, situada perfectamente clara" (p. 17).

En efecto, conocer la soledad es para Juan conocerse a sí mismo. En una de sus largas conversaciones con el profesor, Juan, hablando del hombre andino, se queja de los invasores modernos - investigadores, estudiosos, intelectuales, en fin, fuerzas

⁷Barrera Valverde, Alfonso: *Dos muertes en una vida*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1971.

⁸[Barrera concuerda con la idea de Carlos Calderón de que la muerte de Juan Hiedra es acaso la tragedia circular de una generación. No sabía que el protagonista "daba un aviso sobre un drama que sobrevendría en el Ecuador, la relación del campesino con la universidad, drama del cual nosotros somos testigos, desde 1970 sobre todo, y en la década del 80. Ese drama, que sumado a la falta de adaptación del campesino, para los problemas de la ciudad, lleva a Juan Hiedra hacia la muerte" (Literatura, autores y algo más, p. 56).

exógenas para él - que reducen al pueblo a la condición de laboratorio ⁹, pues son los que no tienen "una ración interna de paisaje".

Juan pide al profesor que el día que muera relate en sus escritos "que a fondo mis padres y yo conocimos lo que somos".

Refiriéndose al tercer despojo, el de la existencia, que se lleva a cabo mediante el esfuerzo inocente del investigador que se enorgullece en coleccionar datos, Juan pide a su amigo que "afirme que lo urgente para nosotros no es interpretar nuestra esencia. Que no, gracias, que cesen de hacerlo. Que nos permitan primeramente proclamar que existe, que vive amenazada. Pero no como unidad aislada, sino como unidad de grupo, como prolongación de diversas culturas en una confluencia colectiva, extensa, inacabable" (pp. 73-74). En la introducción a la obra narrativa de Alfonso Barrera, Florencio Martínez Ruiz dice que sus novelas presentan una lectura no sólo de "sus dolores o sentimientos, sino de la sociología, de la teología, de la intrahistoria del país. Al escritor ecuatoriano le gusta diluirse en una memoria colectiva".

Dos muertes en una vida comunica la idea de que, a pesar de que Juan y los suyos quedaran despojados de su existencia - como han sido despojados otros, de acuerdo con las otras dos novelas brevemente presentadas - el hombre indígena o campesino de la zona andina no desaparecerá, Sin embargo, cada una de las tres novelas comunica el mismo tono global: esperanza ilusoria. Se siente escepticismo, ya que la realidad de estas novelas comienza a desaparecer y que los ideales con los que había sonado son irrealizables. De esta manera, se esfuma cualquier deseo de salvación para el campesino. Sin embargo, Juan sabe "que, los propios tenían que ser pacientes y escuchar, porque los ajenos estaban hechos para decir tales cosas y era mejor permitir que las dijeran. El, por su parte, duraría más, había durado más. Si le crecían hijos, duraría con ellos; si no, también. Porque venía de existir antes del nacimiento. Y en morir, moriría muchas veces, no necesariamente en sus nietos, sino en los nietos de todos, pues las señales de los campesinos se transmiten, sí, de generación a generación, de boca en boca, Pero también de puerta a puerta, de

⁹Referente a su obra narrativa, explica el autor que "si algo intentan mis relatos, es cuestionar a los poderes llamados intelectuales y cuestionar la dispersión de los intelectuales..." con el fin de mostrar que las historias escritas, las llamadas oficiales, son historias "de las transferencias del poder, que se cuida especialísimamente de que en esas transferencias de poder no sea protagonista el pueblo" lo que le apena decir es que muchas veces el intelectual es no sólo un cómplice sino también autor o coautor de esas historias escritas (Calderón, Literatura , p. 54). En otra parte agrega que "muchísimas veces yo he visto en los núcleos intelectuales, una forma de poder, una forma de poder a veces autónoma, a veces en complicidad, a veces identificada con el llamado poder político central que tiene muchísimas cabezas, desde quienes dirigen un congreso, quienes dirigen un partido, a quienes también se encuentran en la función ejecutiva" (p. 58).

loma a loma. Y en eso, no importa si es el hijo de quien transmite el mensaje, con que haya alguien para gritarlo y alguien para recibirlo. Porque desde sus primeros días Juan había aprendido que la historia verdadera no anda escrita, no va dicha con letras, sino de viva voz, como los ecos" (p. 75).

Además de la realidad común que subyace en Huasipungo, Yawar fiesta y Dos muertes en una vida, creemos que el estudio de los contenidos de estas obras nos permite captar la conciencia colectiva del hombre andino. Confiamos en que el estudio sociológico estructuralista, propuesto por Lucien Goldmann, aplicado a estas novelas, revelaría el enfoque principal de este trabajo: que el despojo progresivo forma un elemento constitutivo de la conciencia colectiva andina. Así, al perfilar la estructura narrativa de cada novela, se llegaría a comprender el efecto del despojo en la zona andina a lo largo de este siglo de tantos cambios; y, al insertarlas dentro de la perspectiva acumulativa que hemos propuesto - es decir, dentro de la gradación progresiva del despojo -, permitiría el acercamiento al fenómeno en forma global. Ello revelaría no sólo la homogeneidad, sino también lo acumulativo de esta progresión nefasta, cada vez más destructiva, ya que los elementos de la primera etapa no desaparecen en la segunda y los elementos de las dos primeras siguen vigentes en la tercera.

Y, lo que es más, en el proceso confiscatorio, las relaciones entre clases sociales y etnias han sido conducidas a una situación que atenta contra la opinión pública y las bases sobre las cuales se ha formado una nación. Por último, hemos observado que esta problemática, presentada en forma progresiva mediante las tres novelas, ha sido superada de acuerdo con los antiguos parámetros de la novela indígena ¹⁰. En efecto, el indigenismo literario ha encontrado una fórmula que permite de inmediato no sólo a los foráneos, sino también "a los miembros del grupo [andino] tomar conciencia de lo que pensaban, sentían o hacían sin saber, objetivamente, su significación" ¹¹. Por eso, el novelista ecuatoriano Pedro Jorge Vera acierta en su ar-

¹⁰Pedro Jorge Vera señaló en 1981 que "Jorge Icaza escribió su gran novela Huasipungo , a la cual pueden hacerse muchas objeciones técnicas y estéticas, pero no desconocer que con ese libro, Icaza cumplió el reto de Juan Montalvo: 'Si mi pluma tuviera don de lágrimas, escribiría un libro sobre el indio, que haría llorar al mundo'. Quizás Icaza no provocó una sola lagrima, Pero sí gritos de indignación al presentar ese cuadro de servicia monstruosa, tan ajustado a la realidad del campesino de la sierra de Ecuador. Pues bien. Van a cumplirse cincuenta años desde que Icaza escribió su libro; el novelista ha muerto y la situación del indio ecuatoriano no ha cambiado en lo fundamental. Pero en la conciencia del pueblo ecuatoriano existe la convicción de que el indio es su hermano más explotado y escarnecido, y de que su liberación sólo será posible junto a la emancipación de su hermano esclavizado" (El escritor y la sociedad, p. 58)..

¹¹Goldmann, Lucien: "El método estructuralista genético en la historia de la literatura". En Para una sociología de la novela , editorial Ayuso, Madrid, 1975, p. 227

título ya citado *El escritor y la sociedad*, al decir que "por sí sola la literatura no cambia al mundo, no cambia la vida, pero contribuye a despertar las conciencias".

BIBLIOGRAFIA SOBRE EL INDIGENISMO LITERARIO

Aguirre Beltrán, Gonzalo: "Indigenismo y mestizaje", Cuadernos Americanos, julio-agosto, 1956, pp. 33-51.

Albán Gómez, Ernesto: "Presente y futuro de Huasipungo", Mundo Nuevo, N° 49, (julio, 1970), pp. 30-39.

Arguedas, José María: "La novela y el problema de la expresión literaria en el Perú". Artículo preliminar a *Yawar fiesta*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1968.

Arguedas, José María: *Yawar fiesta*, Editorial Universitarias Santiago de Chile, 1968.

Barrera Valverde, Alfonso: "Dos visiones ingenuas desde los Andes - maneras de escribir libros sin éxito", *El Comercio*, Quito, 1 de enero, 1981.

Barrera Valverde, Alfonso: *Dos muertes en una vida*, Ediciones de la flor, Buenos Aires, 1971.

Calderón Chico, Carlos: *Literatura, autores y algo más*, Suplemento de *El Telégrafo*, Guayaquil, 1977.

Calderón Chico, Carlos: *Palabras y realidades*, Universidad de Guayaquil, 1986.

Cornejo Polar, Antonio: *La novela indigenista*, Lima, 1980.

Corrales Pascual, Manuel: "Las raíces del relato indigenista en el Ecuador", *Revista de crítica literaria latinoamericana*, N° 4.

Corrales Pascual, Manuel: *Jorge Icaza: frontera del relato indigenista*, PUCE., Quito, 1974.

Coulthard, G.R.: "El mito indígena en la literatura hispanoamericana contemporánea", *Cuadernos Americanos*, N° 156, 1968.

Cueva, Agustín: "Reflexiones sobre la novela indigenista", *Indoamérica*, N° 1-2, 1965, pp. 117-123.

García, Antonio: *Sociología de la novela indigenista en el Ecuador: estructura social de la novelística de Jorge Icaza*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1969.

Goldmann, Lucien: "El método estructuralista genético en historia de la literatura", en *Para una sociología de la novela*, Editorial Ayuso, Madrid, 1975.

Gutiérrez Giardot, Rafael: "Algunos problemas de la novela indigenista a propósito de Jorge Icaza", *Primeras Jornadas de la lengua y literatura*, Quito, 1956.

Icaza, Jorge: *Huasipungo*, Losada, Buenos Aires, 1970.

Lazo, Raimundo: *La novela andina*, Editorial Porrúa, México, 1971.

Martínez Ruiz, Edmundo: "Introducción", en Barrera, Alfonso: *Heredarás un mar que no conoces y lenguas que no sabes. Dos muertes en una vida*, Espasa Calpe, Madrid, 1980.

Meléndez, Concha: *La novela indianista en Hispanoamérica*, Ed. Hernando, Madrid, 1934.

Norris, Robert E.: "El novelista frente a la realidad indígena contemporánea", Revista de la Casa de la Cultura, N° 24, 1966.

Pérez, Galo René: "La novela indigenista hispanoamericana", Revista iberoamericana, N° 23, 1973, pp. 302-318.

Sacoto, Antonio: *The Indian in the Ecuadorian Novel*, Las Américas Publishing Company, Nueva York, 1967.

Salazar Bondy, Sebastián: "La evolución del llamado indigenismo", Sur, N° 293, 1965, pp. 44-50.

Torres-Rioseco, Artero: "La novela del tema indigenista en el Ecuador", *Modern Philology*, 21, 1930, pp. 229-230.

Vera, Pedro Jorge: "El escritor y la sociedad", *Espejo*, 3, 4, noviembre 1981, pp. 55-58.

Zea, Leopoldo: "Negritud e indigenismo", *Cuadernos Americanos*, N° 197, 1974, pp. 16-30.